

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORÁL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

(GEN. CAP. IVERS, 2 Y 3

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

DOMINICA XVII DESPUES DE PENTECOSTES.

Magister, quod est mandatum magnum in lege? Matth. XXII, 36.
Maestro, ¿cuál es el grande mandamiento en la ley?

Refiere el Evangelio que cuando vieron los fariseos la victoria de Jesús sobre los Saduceos en el interesante debate acerca de la resurreccion de los muertos, se juntaron en consejo para ver el partido que habian de tomar, buscando medios de sorprenderle. Y nombraron á un legisperito para que le propusiese una cuestion delicada y procurase sorprenderle en algun error contra la ley. Acercóse, pues, el legisperito y preguntó al Salvador: Maestro, ¿cual es el mandamiento grande en la ley? Jesús les respondió: Amaras al Señor, tu Dios de todo tu corazon, y de toda tu alma, y de todo tu entendimiento. Este es el primero y el mayor mandamiento en la ley.

El segundo es semejante á este:

TOMO II

Amarás á tu prójimo como á ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas. Ya veis como Jesús se muestra Doctor perfecto, puesto que domina el conjunto de la ley, el dogma y la moral. Veamos ahora cómo responden los fariseos á las preguntas del Salvador. Y sucedió que estando reunidos los fariseos, les preguntó Jesús: ¿Qué os parece de Cristo? de quién es hijo? Dícenle: de David. Pues cómo, les replica, Daniel lo llama en espíritu Señor, diciendo: Dijo el Señor á mi señor; siéntame á tu derecha hasta que ponga tus enemigos por peana de tus piés? Pues si David le llama ¿Señor, ¿cómo es su hijo? Y nadie le podia responder una palabra, ni desde aquel dia se atrevió nadie á preguntarle mas.

Tal es la preciosa letra del Evangelio que se ofrece á nuestro estudio y á vuestra consideracion. Me complazco en creer que os habeis agrupado en torno de esta sagrada tribuna, no como los fariseos que rodeaban al Salvador para sorprenderle,

para tenderle redes malignas y provocar hácia él la burla y el desprecio, sino para aprender, para instruirnos para buscar á Dios y la manera de amar y servir á Dios que es el camino recto, seguro y conducente á la verdadera felicidad. Voy, pues, á exponer la doctrina de Jesucristo, verdadero maestro en toda ciencia, verdad y sabiduría. La doctrina del amor de Dios, inseparable del amor del prójimo es necesaria al individuo y á la sociedad en los tiempos que corren, mas aún que en los tiempos pasados cuando la doctrina católica informaba toda la vida individual y social. En orden á satisfacer tan apremiante necesidad me ocuparé en ponderar las excelencias del amor de Dios y el amar del prójimo.

¿Cuál es el grande mandamiento en la ley? Hé aquí la pregunta que dirigen los fariseos al Salvador por conducto de un doctor de la ley. Y le llaman Maestro, no porque reconociesen en Jesús las cualidades y excelencias del verdadero Maestro, de aquel Maestro divino suspirado por Platon, anunciado en los vaticinios, bosquejado en los símbolos y figuras, y esperado por las naciones, sino que le daban este título para tentarle, para sacar partido de su silencio ó disimulo, para burlarse de su víctima y para ver si lograban sorprenderle en algo contrario á la ley. Guiados de este mal espíritu, se acercan al Salvador y le preguntan cual era el mayor de los mandamientos. *Magister, quodnam est mandatum magnum in lege?* El Maestro responde y su respuesta pondrá de relieve su divino magisterio «Ama-

rás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de todo tu entendimiento. Este es el mayor y el primer mandamiento. Y el segundo es semejante á este: amarás á tu prójimo como á tí mismo. De estos dos mandamientos pende toda la ley y los profetas.» Este es el mayor y más excelente de los mandamientos y el primero y mayor de los deberes. Amar á Dios y amar al prójimo es la plenitud de la ley. Pero ¿sabéis vosotros qué cosa es y cómo se adquiere ese don riquísimo, del amor de Dios? Su nombre es la caridad, su origen el mismo Dios, sus excelencias son incomprensibles é inefables, sus tesoros están al alcance de nuestra mano, y como son infinitos, no pueden agotarse, bastando ellos solos para enriquecer á todas las generaciones, á las que fueron á las que son, y á las que vendrán.

¡La caridad! ¡Ah! este rico tesoro viene de Dios. No podemos amar á Dios si no infunde inmediatamente en nuestra alma ese amor divino con que él se ama á sí mismo y nos ama á nosotros, que somos hechura suya, su imagen y semejanza. Por lo cual dice Santo tomas (1) que este amor gratuito, verdadero y sublime sobrepaja todos los amores, ora por el principio de donde procede que es Dios, ora por el fin que es un bien inmutable, á saber, la gloria de Dios, ora por el motivo que es la bondad infinita, ora por los medios sobrenaturales que son los auxilios de la gracia y de las virtudes, fuerzas sobre humanas á las divinas, con que el amor enriquece y adorna á las

(1) 2.ª 2.ª, quæst. 3.

almas para elevarse de las sombras del destierro á las claridades de la patria. ¡Oh si supiéramos apreciar este rico tesoro! Dios ama todas las cosas que ha hecho, pero ama al hombre con un amor especial, y este amor de Dios es tanto más grande, tanto más íntimo, tanto más tierno y generoso cuanto es más fiel, más constante y más íntima nuestra correspondencia á los divinos favores. Mejor es á los ojos de Dios una sola alma que le teme, que ama su bondad y agradece sus beneficios que mil pecadores que le ofenden y blasfeman. *Melior est unus timens Dominum quam mille viri impii* (2). La ingratitud seca las fuentes de la bondad infinita al paso que la buena correspondencia abre el corazón de Dios y de él se derraman sobre las almas agradecidas raudales de gracias y de carismas, de dones y mercedes, más preciosas que el oro y los topacios. ¿Quién puede explicar las excelencias de esa caridad divina que se difunde en las almas fieles por el Espíritu Santo? Allí donde ardé este divino fuego, no puede existir la impureza ni la injusticia ni la maldad porque este amor es la pasión de lo puro, de lo justo, de lo bello, de lo santo, la pasión de todas las virtudes y de todas las santidades. Este amor es la vida y donde él reina, no puede reinar el pecado que es la muerte. La caridad y el pecado son incompatibles por la ley de los contrarios. *Charitas operit multitudinem peccatorum*.

El amor ha obrado una maravilla que ha sido y será siempre asombro de los cielos y pasmo de la tierra. El

amor hizo que Dios descendiese del cielo á la tierra y que el hombre subiese de la tierra al cielo. Dios se humilla hasta el punto de hacerse hombre para elevar al hombre hasta la dignidad altísima de hijo y heredero de Dios. El amor de Dios nos hace semejantes á Dios, nos transforma, nos deifica mientras vivimos en la tierra y si permanecemos en caridad hasta la muerte, nos glorificará en el reino de los cielos.

La caridad comprende el amor de nuestros semejantes, de tal manera que no es posible amar á Dios sin amar al prójimo. Y esta es una nueva excelencia del amor divino. El bien, enseña la filosofía, es tanto mejor y más excelente cuanto más universal y comun. De donde podemos inferir cuánta sea la virtud y cuán grande la excelencia del amor divino que nos hace amar á todos los hombres en Dios y por Dios. Este fuego santo, misterioso que brotando del corazón de Jesucristo ha extendido sus divinos incendios por toda la tierra, tiene una doble fuerza de dilatación de contradicción, fuerza maravillosa que obrando sobre los hombres angustia los vasos de la carne y ensancha los espacios del corazón. De manera que así como de una misma fuente salen diversos riachuelos cuyas aguas fecundas y refrigerantes se derraman en los sedientos surcos de la tierra, así del corazón de Jesucristo, salen el amor de Dios y el amor del prójimo, dos llamas purísimas, que procediendo del mismo foco tienden á invadir toda su esfera, á saber todos los corazones. Así enseña el Apóstol de la caridad que es

(2) Porv., 16.

un embustero el que dice que ama á Dios y al mismo tiempo aborrece á su hermano. (1) Hé aquí el mandato que hemos recibido del cielo: que si amais á Dios, ameis también á vuestro hermano.

Este es el mandamiento primero, el mas excelente, compendio maravilloso de toda la ley; que amemos á Dios de todo nuestro entendimiento, de toda nuestra alma, con todas nuestras fuerzas y sobre todas las cosas. El segundo es semejante á este: que amemos al prójimo como á nosotros mismos, con amor de verdadera fraternidad. Podeis brillar por vuestro talento, por vuestra hermosura, por vuestra sabiduría, por vuestras riquezas, pero sino amais á Dios, nada sois. Todo eso será destruido por la guadaña de la muerte, y solo entrarán en el cielo los que amaron á Dios sobre todas las cosas de la tierra. La caridad que perfecciona y salva al individuo, es la ley fundamental de la sociedad. El amor de Dios purifica las fuentes de la vida social, y comunica á todos los organismos admirable robustez y lozanía capaces de resistir victoriosamente á todos los elementos de anarquía y descomposición. Donde falta la caridad, donde no se cumple el mandamiento *máximo* del amor de Dios, donde no está Dios sobre todas las cosas, sobre los que mandan y sobre los que obedecen, sobre los ricos y sobre los pobres, sobre los poderosos y sobre los desvalidos, donde todo es soberano menos el mismo Dios, Rey de reyes y señor de todos los que dominan, no busqueis el ór-

den, la paz, la grandeza ni género alguno de dichas sociales. Donde no hay amor de Dios, no hay amor entre los hombres, donde no hay amor fraternal, germinan los odios y los rencores, que engendran necesariamente la guerra, guerra inevitable entre los gobernantes y los gobernados, entre los ricos y los pobres, entre los grandes y los pequeños entre los poderosos y los desvalidos. Entonces sobrevienen días de luto y de sangre, de calamidades espantosas y de catástrofes horrendas sobre las naciones pervertidas que volvieron la espalda á Jesucristo, único Salvador y doblaron la rodilla ante el altar de los ídolos modernos, fabricados por la impiedad y levantados por el odio anticristiano, generador de la muerte.

Amad vosotros á Dios y amaos los unos á los otros como Jesucristo nos amó á todos los hombres. El que no ama á Dios, está en la muerte, porque el amor es la vida sobrenatural de las almas. *Qui non diligit, manet in morte*. Amaos los unos á los otros, perdonando las injurias, disimulando las flaquezas sufrido con paciencia las adversidades, compadeciendo al miserable, socorriendo al necesitado, amonestando á los que yerran, corrigiendo á los que pecan ayudándoos los unos á los otros á impulso de la santa fraternidad para lograr esa rica herencia de gloria que nos tiene preparada nuestro Padre celestial.

Nos escriben desde Lugo, y Dios sabe con qué gusto publicamos lo siguiente:

(1) 1.^a Joan., 3.

IHS.

Las Señoras que suscriben.

Hijas obedientes y amantes de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, impulsadas por un movimiento espontáneo de un corazón cristiano.

CONSIDERANDO: que la santificación de las fiestas es el primero de los mandamientos que nos impone aquella santa y cariñosa Madre además de ser la voluntad de Dios nuestro Padre, expresa y formalmente consignada en el Decálogo.

CONSIDERANDO: que el reposo del domingo es una ley fundada en la misma naturaleza y cuyo cumplimiento reclaman á la vez los intereses de la Religión, de la sociedad y de la familia.

CONSIDERANDO: que la profanación de los días festivos es uno de los pecados más generales y escandalosos que sirven de tropiezo á tantas almas, arrastrándolas al abismo de la perdición eterna con el celo de los intereses materiales, como si no hubiese más vida que la del cuerpo ni otros destinos que los de la tierra.

CONSIDERANDO: el poderoso auxilio que á la sórdida codicia presta la impiedad, tan irreconciliable de las fiestas del Señor por el culto que en ellas se le tributa, como el demonio es envidioso de la gloria que Dios recibe en ellas de los fieles adoradores.

CONSIDERANDO: que ahora más que nunca tenemos necesidad de desagraviar á Nuestro Dios ofendido, cuando tiene levantado su brazo y armada su diestra con la espada vengadora del cólera, y su terrible justicia parece dispuesta á descargar so-

bre nuestras cabezas todo el castigo que merecen nuestras infidelidades.

Se han comprometido y obligado á cumplir con fidelidad religiosa y con la más escrupulosa exactitud las siguientes.

Bases para la santificación de las fiestas.

1.º No trabajar en días festivos ni consentir que otros trabajen por su causa, lo mismo dentro que fuera de casa.

2.º No comprar, ni por sí, ni valiéndose de otras personas, en los mencionados días, á no ser los artículos de primera necesidad.

3.º Procurar por todos los medios lícitos y permitidos, valiéndose principalmente de la persuasión, y en caso necesario de la súplica y el ruego, que por nadie ni de ninguna manera sean profanadas las fiestas del Señor.

4.º No encargar la confección de trajes, alzado etc. etc. á los artistas que abran sus talleres y trabajar en días festivos.

5.º Proteger cuanto sea posible á los artistas y comerciantes que observen las leyes de Dios y de la Iglesia Católica, y para esto evitar con mucha escrupulosidad surtirse, á no ser en casos de verdadera necesidad, de las tiendas ó comercios que se abran los días festivos.

6.º Hacer una propaganda constante y activa, trabajando, con amigas, parientes y otras personas conocidas, para que todos obren en conformidad con lo que queda establecido en los artículos anteriores.

Lugo y Setiembre de 1884.

(Siguen las firmas.)

LA PRIMERA MISA.

(Continuacion.)

Celebróse en cierta ocasion en el seminario un acto público por mandato del señor Obispo, y Pepito fué el seminarista designado para defender unas tesis de *Trinitate*. El júbilo de D. Blas no reconocía límites, y comenzó sin pérdida de tiempo á hacer sus preparativos de viaje.

—¿Pero cómo va V. á ir? decía apurada doña Mariquita, que no obstante su avanzada edad, hablaba siempre de V. á su hermano, por respeto al sacerdocio. Ni un real hay en casa para pagar la calesa....

D. Blas soltó una de sus alegres risotadas, y exclamó:

—Pues cómo ha de ir un pobre mendicante, sino en el caballo de su padre San Francisco, que no necesita ni pienso ni albarda!...?

—¡A pié! exclamó doña Mariquita. ¡A pié cuatro leguas, y con setenta años á cuestras!...

—Cuatro leguas!... Cuatro millones de ellas andaría yo de rodillas, por oír á ese hijo de mi alma, que ha de ser otro Tomás de Aquino... Mariquita, añadió solemnemente, agitando en una mano su descomunal sombrero de teja, y en la otra un cepillo con que en vano habia intentado alisar los pelos que no tenia; acuérdate de lo que te digo...! Yo no lo conoceré, porque el campo santo me está llamando para abonar la cosecha de malvas; pero tú eres joven (Mariquita contaba á la sazón sesenta y cinco años), y podrás verlo... Ese niño se ha de calar una mitra!...

—En la alcancía debe de haber lo

menos veinte reales, observó tímidamente doña Mariquita.

El rostro del capellan se nubló repentinamente, y volvió la espalda murmurando:

—¡Calla, hija, calla por Dios...! ese dinero es sagrado.

Ni por la cátedra de San Pedro hubiera cambiado don Blas la silla con que le brindó el Rector del seminario, en el mismo estrado que ocupaba el señor Obispo. Lloraba unas veces, reía otras, y sobre el fondo de sencillez que retrataba siempre bondadosa cara, pasaban cuantas emociones pueden agitar un corazón amante, mientras se volvía para todas partes lleno de satisfacción, como si dijese á la concurrencia entera:

—¿Pero no han caído ustedes en la cuenta de que yo soy el tío de ese sobrino?

Al terminar el acto rodearon todo al seminarista, para darle la enhorabuena: el mismo señor Obispo le dirigió alagüeñas palabras, y le entregó por su propia mano un hermoso ejemplar de la Suma de Santo Tomás de Aquino. D. Blas se abrió calle entre la multitud, á fuerza de codazos.

—¡Paso, señores, paso, que es mi sobrino! decía.

—¡Hijo, hijo mio! exclamó al fin, abalanzándose al cuello del seminarista... ¡Y la pobre Mariquita que no te ha oído!... ¡pero deja, deja que yo le cuente!...

Y al decir esto el buen anciano, lloraba como un chico; pero poniéndose de repente serio, porque cruzó por su mente la idea de que aquel triunfo podría quizás engrair al hu-

milde jóven, añadió poniendo una mano en la cabeza de éste, y otra en la suya propia:

—¡Muy bien, Pepito... has hablado como un libro!... Pero ten presente, hijo mio, que lo mismo á esa cabeza que á esta calabaza, se las ha de comer la tierra!...

Y luego se echó á llorar, y despues se echó á reir, y de nuevo volvió á abrazar á su sobrino.

D. Blas regresó al pueblo en una calesa que le forzó á aceptar el Rector del seminario, llevando dos ejemplares impresos de las tesis latinas que su sobrino habia defendido. Por el camino se las leyó al calesero, que como era natural, se quedó en ayunas.

No bien llegó á su casa entregó á Doña Mariquita un ejemplar de las tesis, y guardó el otro para ponerlo en un marco en el testero de su despacho.

—Si aquello no es para contado, Mariquita, sino para visto, decia mientras despachaba una cazuela de ajo molinero, en que consistia toda su cena. ¡Válgame mi Padre San Francisco, y qué chavalito ese, que apenas tiene veinte años y se mete debajo del brazo á Escoto y á Suarez y á Santo Tomás de Aquino!... Vamos si á ese niño era meneste engarzarlo en plata, y guardarlo en un relicario!... qué desparpajo, qué respuestas, y qué latin, Mariquita, qué latin!... ¡Si yo mismo no lo entendia!...

—¡Si no hay otro! decia doña Mariquita, llorando á lágrima viva. Si cuando lo crió su Divina Majestad, rompió el molde porque no lo hubiera igual en toda la tierra!

—Allí estaba todo el señorío de Cádiz, quitándose de las manos lo mismo que una reliquia, y el pobrecito mio, humilde como mi Padre San Francisco, sin levantar los ojos del suelo!... ¡Es un ángel Mariquita!

—¡Un santo, Blas!

—¡Pues no; que cuando le ponian dificultades, ya sabia el mocito espantarse las moscas!... Había allí un vejete cojo, listo como una pimienta; que todo se lo negaba...

—¿Qué se lo negaba? exclamó asombrada la vieja. ¡Sería algun pícaro judío!...

—No, mujer, que era un canónigo...

—¡Pues sería envidia!

—No, mujer... si negaba como quien dice en broma, para ver si Pepito se tenia firme en los estribos.

—Pero siempre saldria ganando mi niño...

—¡Pues claro está! ¿Quién habia de tumbarlo en tierra con un sentido tan fino como el que tiene, y unas verdades tan de á puño como las que defendia?... Mariquita, acuérdate de lo que te digo: en cuanto cante Misa el niño, me lo hacen cura-párroco.

—¡Lo ménos canónigo! dijo Doña Mariquita.

D. Blas soltó una de sus estrepitosas risotadas.

—Pues ya puedes empezar á coserle los capisayos, dijo, porque si á ese paso lo empujas, para Navidad es Obispo, para Semana Santa, Papa, y para Pascua le tienes hecho Padre Eterno.

Y asombrado el buen viejo de su chiste, comenzó á reir de nuevo.

—¡Ay! ¡Si su pobre madre levan-

tara la cabeza! dijo tristemente Mariquita.

La alegría desapareció del rostro de don Blas como un relámpago; alzó los ojos al techo suspirando ruidosamente, inclinó la cabeza y cruzó las manos.

—¡Pobre Ana de mi corazón! dijo; y rezó un Pater noster.

—Requiescat in pace, añadió al terminarlo.

—Amen, respondió doña Mariquita, enjugándose las lágrimas con el pico de su delantal.

No bien se vió ésta en el cuchitril en que dormía, leyó de cabo á rabo, á la luz de un velon de Lucena, las seis tesis defendidas por su sobrino.

—Ni palabra entiendo, decia: pero ello bueno tiene que ser porque es cosa de la Santísima Trinidad, y del señor Obispo, y lo ha compuesto Pepito.

(Se continuará.)

VARIEDADES.

En la iglesia parroquial del Sagrario de Málaga, ha tenido lugar la ceremonia de administrar el sacramento del bautismo, al moro Huelde-Lajah-Mohamed, quien al ingresar en la religion católica, ha adoptado el nombre de Antonio. Fueron sus padrinos los Sres. D. Antonio Lopez Dominguez y D.^a Adela Benitez, su esposa; habiendo recibido el neófito el agua del bautismo de manos del Sr. D. Calisto y Gil, provisor de aquel obispado.

No cesan, gracias á Dios, las ilustres conversiones al Catolicismo. No dá muestras de querer morirse nuestra santa religion.

En Alemania, cuna del protestantismo, un oficial de la guarnicion de Bautenzen (Sajonia) ha abjurado sus errores protestantes. Dos oficiales más pertenecientes á la nobleza y que forman parte del mismo regimiento, se preparan á seguir este saludable ejemplo. Tambien el alcalde de Epfenhofen (Baden) se ha reconciliado con la Iglesia católica, asi como su esposa y cinco hijos.

Cuenta el V. P. M. Fr Luis de Granada en el sermón 3.^o de la 2.^a dominica, que compadeciéndose el Prefecto Máximo de los Santos Tiburcio y Valeriano por los tormentos que tenían que sufrir, ellos le consolaron, diciendo: *si tú supieras la gloria que por ello nos espera nos tendrías envidia.* A lo cual respondió Máximo: *Si yo supiera ser así, también yo despreciaría la vida presente por esa otra futura.* Haz penitencia, le dijeron los mártires, y el Señor te mostrará la verdad. En efecto, al espirar los Santos vió él salir sus almas como palomas, más blancas que la nieve, y ser llevadas por los ángeles al cielo. Por lo cual se convirtió y despues alcanzó la corona del martirio, y goza de la vision beatífica en compañía de ellos para siempre.